

ITER



Sección
Filosofía y
Humanidades

LA IDEOLOGÍA WOKE: LA JUSTICIA ENLOQUECIDA

Nelson Tepedino¹

RESUMEN: La conferencia es una presentación crítica y una propuesta de superación en clave cristiana del fenómeno woke, que es entendido como una manifestación o resurgencia de algunas de las distorsiones más propias de la Modernidad, como lo es su carácter ideológico, inmanentista y revolucionario.

Palabras clave: Ideología woke – Modernidad – Inmanentismo – Revolución – Gracia

ABSTRACT: *The conference is a critical presentation and a proposal to overcome in a Christian way the woke phenomenon, which is understood as a manifestation or resurgence of some of the most typical distortions of Modernity, such as its ideological, immanentist and revolutionary character.*

Keywords: *Woke ideology – Modernity – Immanentism – Revolution – Grace*

Una justificación

Quisiera comenzar estas palabras con una breve justificación. ¿Por qué debemos ocuparnos de este tema, de la «ideología woke», si se trata de un fenómeno fundamentalmente norteamericano? Ciertamente no es algo que parezca estar entre las urgencias que nos afligen a los venezolanos, que son muchas y muy apremiantes. Tampoco es algo que encuentre mucha resonancia en la mayoría de la gente. Es algo que apenas empieza a ser recibido en cierta pequeña élite. Puede parecer algo ajeno a nosotros. En cierta forma lo es, en un sentido muy profundo. Pero en el mundo en el que vivimos ya está sucediendo que estas ideologías se están difundiendo muy rápidamente, sobre todo en el ámbito de los países más desarrollados y ricos de la Tierra. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, lo que se «pone de moda» —o lo que es «tendencia», como se dice hoy en día—

1 Texto de una conferencia dictada en la Universidad Monteávila de Caracas en el contexto del *Encuentro de saberes*, el día 13 de septiembre de 2023. Nelson Tepedino es Profesor Titular en la Universidad Simón Bolívar, la Universidad Monteávila y el Instituto de Teología para Religiosos (ITER). Es Director del Centro de Investigación Teológica ITER-UCAB (Caracas-Venezuela).

en Estados Unidos, también se va poniendo de moda, poco a poco, pero cada vez con más rapidez, en todas partes, gracias a la hegemonía cultural planetaria de ese país. Hoy en día, además, y gracias a los medios digitales de información, esta tendencia se acelera exponencialmente. Quien recibe el primer impacto de estas *tendencias* son nuestras élites, que tienen un mayor acceso a las tecnologías digitales y al dominio de otras lenguas, especialmente el inglés, y que incluso pueden viajar con relativa frecuencia o, en nuestros días y a causa de nuestra particular coyuntura sociopolítica, incluso viven en esos países y se han ido inculturando en ellos, como es natural, pero sin romper el contacto con Venezuela y manteniendo una comunicación fluida con los familiares y amigos que se han quedado en el país.

A esto hay que sumarle el hecho de que nuestras élites —y el país en general— miran siempre emboadas hacia el Norte, que es nuestro modelo a imitar. Aunque no nos guste admitirlo, estamos profundamente imbuidos de lo que el Prof. Rafael Tomás Caldera ha llamado, en un muy importante ensayo, la *mentalidad colonial*, que consiste en «que seguimos pensando como colonia, es decir, un territorio de ocupación donde hay unas personas intentando trasladar la cultura de su lugar de procedencia. Desarrollamos nuestra vida, pero como un reflejo pálido de la verdadera vida, que tiene lugar en la metrópoli, sea cual fuera en el caso la metrópoli (real o soñada)»². Esta mentalidad es «una suerte de desvalorización de nuestro entorno. Estamos ciertamente en el mundo a través de nuestros hogares y de la ciudad; pero este ambiente inmediato carece de valor para nosotros mismos. Así, nos encontramos extrañados en lo que sin embargo nos es más propio. Como si nos estuviéramos diciendo a nosotros mismos: “yo debería haber nacido en otro lugar”. Donde es buena la vida es en *otra* parte, siempre otra. La referencia cambia con los tiempos —ahora los Estados Unidos; hace setenta años Europa y, dentro de Europa, Alemania o Francia—: nuestra manera de enjuiciar el ambiente permanece constante. Al aparecer desvalorizado lo nuestro ante nosotros mismos, nuestra actitud es —diríamos— de *importación*. Para que esto de aquí sea soportable (mientras me voy, si puedo irme), déjenme traer cosas, porque las cosas buenas son (siempre) las que se hacen allá. Digo importar cosas, pero se trata igualmente de procedimientos, de tecnologías, de maneras de

2 Rafael Tomás Caldera, “Mentalidad colonial”, en *Ensayos sobre nuestra situación cultural* (Caracas: Fundación para la Cultura Urbana, 2007), 149.

pensar —y lo que es más grave— hasta de estilos. Se da así una imitación en el cultivo mismo de la persona, que se transforma en un falso cultivo, porque atrofia e impide el desarrollo del sujeto. En definitiva, lo inhibe y pro-voca una gran desorientación en la persona, que ha perdido su verdadero principio»³.

Pues bien, la ideología *woke* es un de esas «maneras de pensar» que por el mero hecho de ser una «tendencia dominante» en el Norte nuestras élites importan y difunden en nuestro medio como cosa digna de imitar y que nos pondría a «la altura de los tiempos». Así que, con todo lo ajena que nos es en realidad, ella terminará formando parte de nuestro ya muy maltrecho y banalizado universo mental.

Asimismo, es más o menos obvio que el bombardeo ideológico al que se somete a los jóvenes con estas ideas es realmente brutal. A su disposición está toda una poderosa y multiforme artillería: redes sociales, plataformas de *streaming*, canales de TV por cable, etc. Para no hablar de las «anclas» de ciertos programas en los ya vetustos —pero no por ello menos importantes— medios convencionales, como la radio y la televisión; así como los profesionales (¿o no?) invitados como «expertos» a sus programas, que anuncian este nuevo evangelio como si su verdad fuera evidente e incuestionable, solo por el hecho de haber sido excogitado por la misteriosa máquina productora de verdades que está en el Norte.

Si todo esto es así, creo que está más que justificado que hablemos de este tema. Como veremos, la cosa sí que tiene cierta urgencia, porque tiene un potencial muy negativo sobre nuestra sociedad, sobre todo en el delicado y crucial proceso de *formación* de los jóvenes.

Una nueva ideología que no es tan novedosa

Dicho esto, entremos de lleno en nuestro tema. Cuando estaba preparando esta conferencia, me di cuenta de que lo *woke* no es realmente nada nuevo. Me da la impresión de que se trata más bien de una nueva variación de algo muy viejo. Trataré de mostrar que esto que llamamos la «cultura *woke*» es la modulación más reciente de un problema recurrente

3 Mentalidad colonial, 152-153.

y básico de la que se supone que es la etapa de la historia que estamos viviendo, que suele llamarse la *modernidad*: su profundo carácter ideológico. De hecho, uno suele oír que se habla de la «cultura *woke*». Pero yo prefiero no usar el término «cultura», puesto que este es un concepto muy noble que designa una de las cosas que nos hacen humanos —o más bien *personas*—: la cultura es el decantado de formas de ser que los hombres hemos ido creando y haciendo nuestras a lo largo de la historia. En cierta forma, la cultura es substancia misma de la Humanidad. Una cosa, como se ve, de mucho peso y gravedad. No cualquier moda efímera, no cualquier *tendencia* de *TikTok* merece ese nombre. Pero en nuestra época es común que vaciemos de sentido los vocablos más esenciales, inflándolos de tal forma que signifiquen cualquier cosa o que no signifiquen nada en absoluto. Pasa con el *amor*, la *felicidad*, la *amistad*, la *comunidad*, la *fraternidad* y otros muchos.

Por lo tanto, prefiero decir que lo *woke* es más bien una *ideología* y, además, una especie de *actitud*, de manera de estar ante la vida y el mundo que viene exigida por dicha ideología. Así que en estas líneas voy a hablar más bien de la *ideología woke*.

Breve historia de la ideología *woke*

Allí tenemos pues dos conceptos que debemos aclarar: ideología y *woke*. Comencemos por lo *woke*. Prefiero dejarlo en inglés porque no es fácilmente traducible al español. Se trata en realidad de un adjetivo que proviene del inglés hablado en Estados Unidos, sobre todo por la población afroamericana, que viene del verbo *wake*, que significa *despertarse*, *estar despierto*, pero también *alertar*. Es decir, estar despierto, no solo y no tanto en el sentido de no estar dormido, sino en el de estar alerta y vigilante. El uso político del término puede remontarse a los inicios de los movimientos reivindicativos de los derechos civiles en Estados Unidos, pero se ha ido haciendo popular y dominante desde la segunda década del siglo XXI, sobre todo por la poderosa difusión a través de las redes sociales del activismo de movimientos como *Black Lives Matter* y *Me Too*, vinculados a las protestas antirracismo y contra el abuso sexual en los Estados Unidos. Desde entonces —más o menos 2014—, el término *Woke*, *Wokeism* o *Wokeness*, se ha ido perfilando como la palabra por antonomasia para designar una forma de activismo radical de izquierdas que ha ido convocando y englobando una amplia variedad de militancias y «causas» muy diferentes, pero que han encontrado justamente en la actitud *woke* su denominador común: antirracismo, feminismo, ideología de «género», movimiento LGBT, multiculturalismo, ecologismo y ambientalismo, socialismo, animalismo, veganismo, etc.

Todos estos movimientos, en realidad, son de larga data y todos han encontrado su modelo en las luchas por los derechos civiles y contra la

discriminación racial de los negros americanos. De hecho, la elaboración teórica más reciente, dominante hoy en día en los Estados Unidos y el Canadá, es la llamada *Critical Race Theory* —Teoría Crítica de la Raza—, cuyos autores más populares son Ibram X. Kendi (*How To Be An Antiracist*) y Robin DiAngelo (*White Fragility*). Precisamente en virtud de ese carácter paradigmático, para poder ajustarme a la brevedad del tiempo de esta conferencia, voy a centrarme mayoritariamente en la Teoría Crítica de la Raza como modelo de la actitud *woke*.

Cada una de las otras «causas», como la ideología de «género» o el ecologismo radical son lo suficientemente importantes como para merecer ser tratadas con todo detalle. Pero la brevedad del tiempo hace que sea mucho más económico limitarme a la causa que han tomado como modelo. Porque, como veremos, lo propiamente *woke* no está tanto en los *contenidos* concretos, que son de naturaleza muy diversa, incluso a veces contradictoria, sino en una cierta *actitud* y unas *ideas básicas* que subyacen a estos movimientos y que los configuran internamente. Lo *woke* es esa estructura subyacente que es *ideológica*, pero también profundamente *emotiva* y *actitudinal*. Este trasfondo ideológico-emocional es lo que resulta ser muy viejo, frente a los *contenidos*, que pueden ser, efectivamente, muy «nuevos» (hace pocos años, por ejemplo, nadie hablaba de la existencia de «niños *trans*»). Esto es lo que me hace pensar que estamos frente a una suerte de resurgencia de un fenómeno muy profundo y muy propio de la *modernidad*, una suerte de distorsión básica que la caracteriza.

Nótese que todas estas «causas» tienen algo en común: buscan hacer *justicia*, son reivindicativas. Presuponen una injusticia, una *opresión* de la que hay que *emanciparse* o un mal que hay que *eliminar*. Y, ciertamente, muchas de estas causas son *justas*, y responden a injusticias muy hondas y reales. Pero esto es particularmente claro en la «causa modelo», que es el antirracismo. Nadie puede negar el carácter profundamente injusto e inmoral del racismo. De hecho, la Iglesia tiene una doctrina muy firme en contra del racismo (el cual, por cierto, es un fenómeno moderno). Ya en 1537, en la bula *Sublimis Deus*, el papa Paulo III considera que afirmar que los nuevos pueblos que están siendo descubiertos en América no son plenamente humanos y, podrían, por tanto, ser explotados como esclavos a nuestro servicio, es un invento del mismísimo demonio para impedir la propagación del Evangelio a todas las naciones. Dicha tesis es causal

de excomuni3n. Y, por lo menos de all3 en adelante, la Iglesia tiene un ampl3simo y constante magisterio sobre el tema. Pero el problema es que esta apelaci3n a la justicia que se hace en la Teor3a Cr3tica de la Raza tiene la particularidad de ser profundamente *ideol3gica*. Y aqu3 entramos en el terreno del otro t3rmino del compuesto *ideolog3a woke*.

Las ideolog3as son un fen3meno que tienen que ver con el surgimiento de la ciencia moderna y, sobre todo, con el despliegue asombroso de sus aplicaciones t3cnicas, que le otorga una especie de legitimaci3n como forma superior del conocimiento y un aplastante prestigio cultural. Son sistemas de ideas que se *mimetizan* de cient3ficas para instrumentalizar el prestigio de la ciencia, en orden a presentarse como verdaderas. Pero, en realidad no lo son. Son *Weltanschauungen*, visiones del mundo que pretenden dar una explicaci3n exhaustiva de la totalidad de la realidad, en funci3n de un *programa pol3tico impl3cito* que responde a un *resentimiento de fondo* frente a la realidad, que debe ser transformada seg3n una cierta visi3n ut3pica de c3mo deber3an ser las cosas. Grandes pensadores como Eric Voegelin, Hanna Arendt, Josef Pieper, Joseph Ratzinger, Augusto Del Noce, entre muchos otros, han mostrado c3mo nuestra 3poca, la *modernidad*, es justamente la 3poca de las ideolog3as, hasta el punto de que pudiera decirse que ella misma es profundamente ideol3gica. Esto tiene que ver con un proceso muy complejo, que Eric Voegelin llama de *inmanentizaci3n*, que acompa1a fatalmente al proceso de secularizaci3n que es esencial a la modernidad, sobre todo a partir de la Ilustraci3n del siglo XVIII: si Dios desaparece del horizonte y el hombre asume que no hay otra realidad trascendente que fundamente y d3 sentido a nuestra realidad, este asumirá que no hay nada que limite los designios de su propia voluntad para transformar la realidad conforme a sus deseos. Lo que sucede es que el hombre termina poni3ndose 3l mismo en el lugar de Dios y creyendo que la realidad debe someterse a sus deseos (y si no lo hace, peor para ella). Como la realidad es la realidad y, tercamente, ofrecerá siempre resistencias a muchos de sus arbitrarios deseos, el hombre intentará entonces crear sistemas de ideas que expliquen estas resistencias y que le permitan manipularla para transformarla con su propio esfuerzo. Le dar3 apariencia cient3fica a estas construcciones. De alguna forma, las ideolog3as son imitaciones caricaturescas tanto de la religi3n como de la ciencia. Un ejemplo claro es el *evolucionismo*. La *teor3a de la evoluci3n* no es m3s que eso, una *teor3a* cient3fica —que yo llamar3a m3s bien algo as3

como «teoría de las mutaciones y la adaptabilidad de las especies»—, que explica ciertos hechos de la génesis y cambios de las especies biológicas y que, como toda teoría, está abierta a la refutación, que no pretende explicarlo todo y que puede ser sustituida por una mejor en cualquier momento. La ciencia verdadera, en el fondo, es muy humilde. Pero la *ideología evolucionista* es otra cosa. Es una visión de la totalidad de lo real, que obedecería a un dinamismo interno de evolución, en el sentido de que va progresando *necesariamente* de un estadio determinado a uno mejor y superior, hasta llegar a un estado final de perfección absoluta. Nada de eso es susceptible de probarse científicamente. Más bien, la evidencia va en contra de esa suposición. Pero esta visión ideológica, que le debe también mucho al progreso tecnológico, que es realmente asombroso y casi que evidente, es la que nos lleva a pensar que las vigencias sociales y culturales de nuestra época son *necesariamente* superiores a las del pasado, con lo que no habría principios morales eternos y lo verdadero en la vida moral coincidiría siempre con lo que hoy nos parece bueno, no con lo que sea *realmente* bueno *en sí mismo*.

La ideología es siempre una distorsión de algo real. Así como el *evolucionismo* es la distorsión de la *evolución*, la justicia *woke* es una distorsión de la verdadera justicia, una justicia ideológica. Parte de hechos que son reales e innegables: la discriminación a causa del color de la piel y la pertenencia a determinadas etnias de origen africano, que, además, fueron sometidas durante varios siglos a una forma particularmente brutal de esclavitud, ha sido y sigue siendo una dolorosa realidad que debe ser superada. Pero la Teoría Crítica de la Raza, el antirracismo *woke*, parte de presupuestos que son simplemente falsos. El principal es, simplemente, el concepto de raza. Desde un punto de vista verdaderamente científico no hay tal cosa como razas humanas. La Teoría Crítica de la Raza se opone firmemente a lo que sería verdaderamente la superación de todo racismo, que sería justamente reconocer que no existen razas humanas y que el color de la piel es un dato intrascendente a la hora de, por ejemplo, considerar los méritos de una persona para optar a un determinado empleo y, sobre todo, en orden al reconocimiento de sus derechos humanos fundamentales. Hace, además, afirmaciones que no están sustentadas por los datos estadísticos o científicos: se atribuye cualquier desigualdad entre grupos étnicos a un ubicuo y omnipresente «racismo sistémico», cuando estas pueden obedecer a causas muy variadas que no son necesariamen-te «racistas»,

sino culturales o de otra naturaleza. Asimismo, ese racismo sistémico obedece a la idea de que los «blancos» son inconscientemente racistas por el mero hecho de ser blancos, a la manera de la idea marxista de que lo que determina a la persona es la clase social a la que pertenece. Así, un burgués será siempre y estructuralmente un explotador, independientemente de sus cualidades morales, que ha hecho suyas a través de sus acciones humanas, a lo largo de su decurso vital. Obviamente, si las cosas son así, la Teoría Crítica de la Raza propone como superación del racismo, esto es, como realización de la justicia frente a la discriminación racial, una suerte de «racismo al revés», que consiste en una afirmación agresiva de la propia conciencia racial afroamericana y una acusación igualmente agresiva del racismo supuestamente implícito en la mera condición de ser blanco (*whiteness*). Así como en el marxismo la justicia se restablece a través de la violencia revolucionaria del proletariado contra la clase burguesa, una vez que se tome control del Estado, en la Teoría Crítica de la Raza, la discriminación por el color de la piel se supera simplemente cambiándole el signo, poniéndola de cabeza. Eso, como se ve, no es justicia, sino una lógica vindicativa, que no es capaz de superar la violencia, sino más bien de estimularla y alimentarla.

Justamente en orden a la superación de esas «opresiones sistémicas» que postulan las teorías críticas de la raza, el género, el calentamiento global, etc., es necesario que los militantes de estas causas estén alertas y despiertos constantemente frente a sus manifestaciones, que muchas veces son una suerte de «actos fallidos» inconscientes o «microagresiones» de los «blancos», los «homofóbicos», los «negacionistas del cambio climático» o cualquier otra persona que, lo sepa o no, pertenezca a los grupos «opresores». Este estar despierto y alerta frente a las manifestaciones de todas estas injusticias y opresiones ubicuas es justamente a lo que responde lo *woke* de esta ideología: es la actitud, la manera de situarse frente a la vida, la sociedad y los demás en la que consiste el programa de su acción «política». Como las teorías de que orientan esta actitud vigilante son visiones del mundo que se justifican a sí mismas, las «agresiones» y «microagresiones» que se verán, denunciarán y de alguna manera se han de suprimir son completamente arbitrarias. Así, una estatua de Cristóbal Colón o de San Junípero Serra son percibidas como agresiones racistas, puesto que en esta mentalidad, sin necesidad de tener que ocuparse de la verdad histórica, ambos personajes fueron «genocidas»

de los pueblos indígenas. Por lo tanto, en ambos casos hemos visto cómo turbas enfurecidas se han dado en los últimos años a derribar las estatuas de ambas figuras históricas, que nunca fueron «genocidas». Esta actitud *woke* termina conduciendo a una auténtica paranoia, que ve agresiones en cualquier cosa y que va sembrando el miedo entre las personas externas al mundo *woke*, que no saben cuándo cualquier cosa inocente que digan o hagan puede ser considerada una expresión de violencia discriminatoria contra algo o alguien.

Las características de la ideología *woke*

La ideología *woke*, en realidad, no es nada nuevo. Sus rasgos más esenciales coinciden con los de las grandes ideologías modernas que, al menos desde el siglo XVIII, han producido grandes cataclismos culturales y sociales. Pero la modernidad ha producido ideologías porque ella misma es esencialmente ideológica. Es la tesis de Eric Voegelin, que la llamaba una pneumopatología, una enfermedad del espíritu. La caída de la cosmovisión medieval, que se fundaba en la idea de que el Ser tiene un orden que le es propio que orienta y rige la vida humana en todas sus dimensiones y que dicho orden está sólidamente fundado en la trascendencia de Dios, tuvo como consecuencia que la realidad quedara como cerrada sobre sí misma. Solo frente al mundo, pero armado con los poderosos instrumentos de la ciencia y la técnica, el hombre moderno creyó que podía transformar el mundo y llevarlo a su perfección con su propio esfuerzo. Creyó que podía construir el Cielo en la Tierra, a imagen y semejanza, además, de sus propios deseos, que ya no están limitados por un *nomos* trascendente que sea la medida de su acción y por la que tenga que dar cuenta ante un Juez eterno.

Naturalmente, a lo que el hombre se enfrentó fue justamente a que la realidad impone sus propios límites, a que su voluntad no basta para doblarla a sus deseos. Así pues, el mundo tiene que estar, de alguna forma, *mal hecho*. Esta resistencia de la realidad produce en el hombre moderno un íntimo resentimiento, que lo pone frente a la opción de tener que admitir que la realidad lo llama a obedecer a un *nomos* o, por el contrario, a insistir en hacerle violencia a la realidad para que esta se doblegue a sus deseos. Esta segunda opción es la idea de la *Revolución*, la transformación violenta de la realidad para que sea posible una libertad

absuelta de todo límite, una *emancipación* radical. No solamente de tal o cual régimen político o económico, sino de la realidad misma. Las revoluciones que hemos venido viendo desde, por lo menos, el cisma protestante, no son sino manifestaciones muy parciales de este rasgo. En este momento, por ejemplo, estamos viviendo el intento de realizar una revolución antropológica radical: se pretende emanciparnos de nuestra propia sexualidad física y real, que podríamos determinar arbitrariamente, según nuestro propio deseo. O incluso se habla de la posibilidad de que nuestra mente pueda «sobrevivir» eternamente, al alojarla en un computador, librándonos así de nuestro molesto cuerpo, que tiene la muy poco deseable tendencia a morirse.

A este deseo de emanciparnos de la realidad y de doblegarla a nuestras fantasías utópicas responde otro rasgo *woke* muy extendido, que es el de subvertir el lenguaje, de tal forma que este exprese el mundo imaginario que desea el ideólogo. Es una suerte de operación mágica, pero es muy importante y es uno de los rasgos más irritantes y omnipresentes de la ideología *woke*. Si bien es cierto que el lenguaje no crea el mundo, ni mucho menos este cambia por el mero hecho de cambiar nuestras palabras, sí es cierto que nuestro acceso a la realidad se distorsiona si encerramos a las personas en una suerte de cárcel dogmático-lingüística. Sobre todo, porque este uso del lenguaje se impone violentamente. Es lo que Orwell llamó la *neolengua*, y que fue una estrategia perversa ampliamente utilizada por los nazis y los comunistas. La realidad es impermeable a la neolengua, que hoy día se llama *lenguaje políticamente correcto* o *lenguaje inclusivo*, pero si logro imponerlo como *obligatorio*, promoviendo incluso la autocensura, puedo efectivamente distorsionar la posibilidad de acceder a la realidad. Puedo hacer creer que existen realidades que no son tales, como otros *géneros*, más allá de los dos sexos que hasta poco conocíamos. La última locura ha sido la de pretender «corregir» el pasado, para que este sea *políticamente correcto*, a través de la revisión y «corrección» de las obras literarias del pasado, como ha sucedido recientemente con las obras de Agatha Christie. En el fondo, esta es una muy sofisticada manera de hacer lo que querían hacer los nazis, pero sin tener que pasar por el muy poco elegante expediente de quemar los libros.

La ideología *woke* es una expresión más de este rasgo moderno. Ciertamente, como ya vimos, algunas de las injusticias que esta quiere

superar, como la discriminación por el color de la piel, son reales. Pero estas no se deben, en última instancia, a las opciones morales de los seres humanos, sino a unas distorsiones pseudo-ontológicas de la realidad misma, que las personas no pueden superar si no es por la sumisión al designio de la violencia revolucionaria de las víctimas o de quienes se adjudican la representación de su causa.

Como en el fondo el hombre moderno es escéptico y relativista en el plano ético y, por lo tanto, político, la verdad será aquella que pueda imponerse a través del poder. Es la tesis que vemos en Nietzsche y en sus discípulos llamados postmodernos: Foucault, Derrida, Horkheimer, Adorno, etc. No es casual que estos autores de la llamada *Teoría Crítica*, que tuvieron una recepción muy particular en las universidades de élite norteamericanas a partir de los años 60, sean los referentes filosóficos de los teóricos actuales de la ideología *woke*. Es por eso que los militantes de esta ideología hacen uso de una violencia que no es solo la de la agitación y los disturbios en las calles, sino una mucho más sutil, como lo es la llamada cancelación. Es decir, la expulsión y supresión del espacio público de quien se decreta culpable de cometer cualquier injusticia, sea esta real o simplemente se trate del disenso frente a las tesis *woke*. Incluso prescindiendo de la presunción de inocencia, uno de los pilares del Estado de Derecho occidental. La idea de justicia *woke* es sumaria y popular, a imagen de los linchamientos propios de toda revolución.

Como la verdad *woke* obedece a la autopercepción de sus militantes y de sus profetas y tiene el poder de *cancelar* a quien disienta o, simplemente, se atreva a hacer preguntas incómodas, esta ideología impone el silencio. No es posible someterla a la prueba de la realidad. No solo porque se *cancela* a quien quiera hacerlo, sino porque, como toda ideología, es un sistema cerrado de ideas que explica *toda* la realidad y, por lo tanto, si alguien no está de acuerdo con alguna de sus tesis, el problema no lo tiene la «teoría», sino el que se atreve a dudar, que es un hereje. Es un fenómeno que ya conocíamos del militante de izquierdas clásico o del nacionalsocialista fanático. No en balde el marxismo-leninismo se hacía llamar científico y las «teorías raciales» de los nazis eran elaboradas y puestas en práctica por científicos y médicos en toda la regla, en verdaderos institutos de investigación y en prestigiosas universidades (el siniestro Dr. Mengele desarrollaba su «investigación» en el *Kaiser Wilhelm Institut* de Berlín).

Así, por ejemplo, si alguien no estaba de acuerdo con un militante marxista y trataba de razonar con él sobre la verdad de algunas de sus tesis económicas, como, por ejemplo, la teoría de la plusvalía, el militante inmediatamente respondía que su interlocutor no podía ver la verdad de la tesis en cuestión porque su conciencia de clase burguesa se lo impedía. En la Unión Soviética esa pregunta podía conducir al Gulag. Hoy en día se ha prohibido preguntar por las causas de la homosexualidad o de la llamada transexualidad. Quien haga esas preguntas será tachado de «homo- o transfóbico» y convenientemente *cancelado*. Si quien pregunta es una persona con atracción hacia su propio sexo que no está conforme con sus deseos y quisiera entender el origen de los mismos en orden a explorar la posibilidad de cambiar, le van a decir que padece de una «homofobia internalizada». Las ideologías *woke*, como toda ideología, imponen un pesado manto de silencio sobre sus presupuestos y teorías, que nunca pueden ser sometidas al juicio de la razón. Esta tendencia es de las más preocupantes, porque se están imponiendo leyes que penalizan como agresiones discriminatorias o crímenes de odio a quien simplemente ponga en duda o haga preguntas sobre los dogmas de las diversas ideologías *woke*.

Las ideologías *woke*, como ya hemos señalado, definen a las personas según un rígido esquema binario de *oprimidos* y *opresores* que son antagonistas y están en una lucha a muerte, lo sepan o no. Es la poderosa influencia de la teoría de la *lucha de clases* marxista. En la ideología *woke* esta dinámica de conflicto se ha diversificado a otras polaridades, a otros grupos identitarios y presuntamente antagonistas: mujeres contra hombres, heterosexuales contra homosexuales, ecologistas contra negacionistas del cambio climático, animalistas contra especistas, veganos contra gente que come parrillas, etc. y, en general, minorías oprimidas contra la mayoría opresora. Es una estrategia de polarización que conduce a la violencia. No hay que olvidar que, en la lógica de la Revolución, de la subversión contra la realidad, hay que promover la violencia como único camino para doblegar a la realidad a nuestros deseos autónomos y anómicos.

La justicia enloquecida

Es cierto que las pretensiones de las ideologías *woke* pueden despertar en nosotros sentimientos muy fuertes: miedo, preocupación y hasta indignación y rabia. Pero cuidado: si uno se obsesiona con quien percibe

como una amenaza o incluso o un enemigo, uno va a terminar atrapado por la dinámica de la rivalidad y terminará pareciéndose a él. Si hacemos eso, caeremos en su trampa, haremos justamente lo que desea que hagamos: que ratifique-mos su esquema de antagonismo y lucha a muerte, de juego suma cero. Nos volveremos *woke* como él, pero estaremos atentos y vigilantes a toda «desviación» *woke* en nuestro impoluto entorno anti-*woke*. Pero si somos cristianos, debemos amar al otro, incluso al enemigo. Lo que no quiere decir tener sentimientos de afecto por él ni mucho menos estar de acuerdo con él, sino querer para él el mismo bien que queremos para nosotros. Eso implica hacer un esfuerzo para entenderlo lo más objetivamente posible.

Visto en una luz trascendente, el militante *woke* es víctima de una desesperación propia de la modernidad. Si no hay otra realidad que esta, solo tenemos el tiempo de nuestra vida para poder realizarnos y ser felices. En el fondo, vivir encerrado en el horizonte de la más pura y radical inmanencia puede que nos «libere» de toda restricción moral que impida que demos rienda suelta a todos nuestros deseos. Pero estaremos presos de una profunda angustia, porque la muerte será el horizonte invisible que amenazará siempre nuestra satisfacción, que nunca será completa, siempre será fugaz y, al final, se disolverá en la nada. En un horizonte así, es natural que se perciba toda resistencia, todo obstáculo a la realización de nuestros sueños, como una cruel injusticia, como una especie de profunda disfunción de la realidad que tenemos que corregir a como dé lugar y lo más pronto que se pueda. Pero en el fondo, la conciencia de la virtual inutilidad de nuestros esfuerzos siempre estará acechando, lo cual significa que, muy en el fondo, el militante *woke*, como toda la modernidad atea y rebelde contra Dios, está necesitado de una *salvación*. El problema es que cree que puede lograrla por sí mismo y dentro de los límites de este mundo. Para ello tiene que obturar la evidencia de su imposibilidad y seguir obstinadamente en su camino hacia la nada, hacia la frustración. Su justicia es una justicia desesperada, atrapada por las garras del miedo y de la muerte, que buscará entonces imponerse *desesperadamente*.

Miremos al militante *woke* con caridad. Quiere hacer justicia. La justicia es una virtud cristiana. Una de las virtudes cardinales más altas. De hecho, la segunda en la jerarquía de las virtudes. Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Por qué de este deseo de justicia nace tanto mal y tanta violencia, por

qué nos sentimos tan amenazados por ella? Porque como bien supo ver Chesterton, si las virtudes se aíslan unas de las otras, si no se viven y ejercitan todas y, además, conforme a su interna jerarquía, estas se «vuelven locas»⁴ y terminan negándose a sí mismas, dejando de ser realmente virtudes. El problema de las ideologías *woke* es que luchan por una justicia que se ha vuelto loca, divorciada de la virtud que le precede en la jerarquía del Ser (no olvidemos que es esencial a la modernidad la negación de un orden objetivo de la realidad y una objetividad de los valores), que es la virtud de la *prudencia*, es decir, la virtud que consiste en actuar conforme a las exigencias objetivas de la realidad. Eso implica dejar de lado los dogmatismos ideológicos y abrirse humildemente a dejar que la realidad hable por sí misma y a las posibilidades que en ella se insinúan. Sobre todo, a la evidencia de que la realidad tiene un fundamento trascendente y de que, por lo tanto, ella no se agota en la inmanencia del mundo. A la posibilidad de que la frustración de nuestros deseos no se deba a que la realidad sea en sí misma injusta, sino a que nuestros deseos no se corresponden con el *nomos* de las cosas, con la bondad objetiva del Ser. La justicia *woke* es rígida e intrínsecamente violenta porque no es prudente; a priori cercena la totalidad de la realidad al cerrarse a su dimensión trascendente y a un dato que es propio de la tradición cristiana que forjó al Occidente y que queda obliterado si prescindimos de ella por razones ideológicas. Cuál sea este dato lo voy a mostrar recurriendo a un texto evangélico que se me cruzó en mi camino mientras pensaba en esta conferencia. Un texto en el que aparece el primer ideólogo *woke* de la historia:

Jesús, seis días antes de la Pascua, marchó a Betania, donde estaba Lázaro, al que Jesús había resucitado de entre los muertos. Allí le prepararon una cena. Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban a la mesa con él. María, tomando una libra de perfume de nardo muy puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. La casa se llenó de la fragancia del perfume. Dijo Judas Iscariote, uno de los discípulos, el que lo iba a entregar: «¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios y se ha dado a los pobres?». Pero esto lo dijo no porque él se preocupara de los pobres, sino porque era ladrón y, como tenía bolsa, se llevaba lo que echaban en ella. Entonces dijo Jesús: «Déjenlo que lo emplee para el día de mi sepultura, porque a los pobres los tienen siempre con ustedes, pero a mí no siempre me tienen». ⁵

4 G. K. Chesterton, *Orthodoxy*, Cap. III, en *The G. K. Chesterton Collection* (Londres: Catholic Way Publishing, 2014), edición E-Book Kindle, 247.

5 Jn 12, 1-8.

Aquí tenemos nada más y nada menos que a Judas, manifestando una actitud perfectamente *woke*: está alerta frente al despilfarro de un carísimo perfume, que hubiera sido mejor vender para dárselo a los pobres. Judas considera *injusto* que, frente a tanta urgencia en el mundo, frente a tanta pobreza, María simplemente derrame sobre los pies de Jesús lo que podría aliviar la necesidad de mucha gente. Desde una perspectiva en la que los desequilibrios y las distorsiones que provocan toda injusticia dependen única y exclusivamente de nuestros esfuerzos y de nuestro cálculo para que sean reparadas y *canceladas*, porque la realidad se agota en sí misma y no hay nada más que la lógica de hierro de su inmanencia, la mirada de Judas parece perfectamente comprensible. La salvación del mundo, la restauración de su justicia original, depende única y exclusivamente de nuestro voluntarismo. Pero el problema es que Judas está ciego. Su justicia está incompleta, es *imprudente*, no puede abrirse a la totalidad de la realidad que tiene delante y, sobre todo, no puede ver la injusticia que le es propia, que le pertenece íntimamente. Puede ver *la mota en el ojo de su hermano*, pero no *la viga que hay en el suyo*.⁶ El evangelista, que sí puede verla, nos la muestra: Judas es un ladrón y realmente no le importan los pobres. Tampoco puede ver el hecho absolutamente extraordinario que tiene ante los ojos: ¡estamos en una celebración familiar de un banquete que festeja la resurrección de un muerto! Es decir, Jesús acababa de mostrar que era capaz de romper el yugo de la muerte, lo que significa que la realidad no está fatalmente clausurada sobre sí misma, sino que está abierta a un poder infinitamente mayor que ella, que la trasciende y que la puede restaurar, pero con una medida que no es la del mero cálculo del «ojo por ojo y el diente por diente». De hecho, si lo único que hay es este mundo de aquí, una vez que llega la muerte, ya no hay restauración ni justicia perfecta posible. Es el poder de la *gracia*, del *amor de Dios*, que va más allá de todo cálculo, de toda medida y de toda previsión posible de nuestra parte. Donde la suprema injusticia que existe, que es la de la muerte, se hace presente, Dios no solamente es capaz de restaurar simplemente la vida que existía antes de la muerte, como hará Jesús con Lázaro, sino que puede ir mucho más allá: en la Resurrección de su Hijo nos otorga una vida que es infinitamente más plena que esta vida de aquí, una *vida eterna*. La gracia tiene el poder no solamente de restablecer los equilibrios de un Cosmos fatalmente clausurado en su inmanencia, sino de recrearlo en una medida que va más allá de nuestra pobre imaginación y de nuestras raquícas

6 Mt 7, 3-5.

posibilidades. Es justamente lo que intuye María con su derroche de perfume carísimo: que la gracia y el amor de Cristo no tienen medida y que, por lo tanto, nuestra justicia no puede ser calculadora ni meramente vindicativa, sino que tiene que ser también la de un amor sin medida, que entrega agradecida y gozosamente lo más valioso que se tiene. La gracia de Dios es el derroche de su amor completamente inmerecido sobre nosotros.

Más adelante, cuando Judas entregue a Jesús, será víctima de su propia justicia enloquecida y se verá arrastrado por la *desesperación* de quien está tan cerrado a la gracia que no ve perdón posible una vez que se ve frente a frente con el horror de su propia injusticia, cuando ve en el rostro desfigurado de su Maestro la *viga en su propio ojo*. Todos sabemos cómo terminó.

Ese es el principal peligro de la paranoia *woke*: que juzga todo desde una justicia sin gracia, sin misericordia alguna. Al respecto, dice Josef Pieper en un lúcido pasaje de su pequeño pero magistral tratado sobre la justicia, que fue escrito en 1954, pero que no ha perdido un ápice de su actualidad:

«El exclusivo cálculo de lo debido torna fatalmente inhumana a la vida en común. El dar aun lo que no se debe es una necesidad que el justo ha de tener sobre todo en cuenta, dado que en este mundo la injusticia es cotidiana manifestación. Comoquiera que no pueden evitar los hombres el verse forzados a prescindir de lo que les corresponde, pues que otros se lo retienen en contra de la justicia; comoquiera asimismo que ni aun en el supuesto de que todo el mundo fuese fiel a sus compromisos y de que sobre nadie pesara ya una estricta obligación de justicia, dejarían de seguir subsistiendo la indigencia humana y la necesidad de ayuda, de ahí que no parezca decoroso por parte del justo limitarse al estricto cumplimiento de su deber. Es cierto, como advierte Tomás, que “la misericordia sin la justicia es madre de la disolución”; pero también lo es que “la justicia sin misericordia es crueldad”. Aquí volvemos a rozar la interna limitación de la justicia: “El propósito de mantener la paz y la concordia entre los hombres mediante los preceptos de la justicia será insuficiente, si por debajo de estos preceptos no echa raíces el amor”»⁷.

La justicia *woke* es una justicia implacable, en la que no caben ni el perdón ni la redención. Las culpas pasadas —reales o imaginarias— son indelebles, son deudas que deben ser pagadas hasta el último céntimo. De allí que el culpable debe ser *cancelado*, incluso por culpas antiguas. No hay *conversión* posible. En un mundo *woke* no es posible ni un San Pablo,

7 Josef Pieper, *Las virtudes fundamentales* (Madrid: Ediciones Rialp, 2007), 172

ni un San Agustín, ni un San Ignacio. Sus culpas pasadas los condenarían irremisiblemente. En un mundo así, como todo el mundo tiene su viga en el ojo, es más o menos inevitable que la paranoia justiciera vaya siempre *in crescendo* y nadie se salve de ser acusado por alguien que tenga más poder. Por eso, en las revoluciones no es raro que los *incorruptibles*, los grandes *acusadores*, empiecen por ser los grandes *guillotinadores* y terminen ellos mismos guillotinadores. O lo que es peor: si no son unos psicópatas y en algún momento tienen la evidencia indeleble de su propia culpabilidad real, de su propia participación en la injusticia que dicen combatir, de la falsedad de su pretendida superioridad moral, pueden terminar, como Judas, hundidos en la desesperación. La ideología *woke* no solo es potencialmente homicida, sino también potencialmente suicida.

Caracas, 11 de septiembre de 2023,
Solemnidad de la Virgen de Coromoto, Patrona de Venezuela